PAGINA — AÑO I — NÚM. 15 — 10 CENTAVOS — VIERNES 11 DE NOVIEMBRE DE 1921

La Antorcha

SEMANARIO

Correspondencia y valores
JUAN GERIOTTI
Sarmiento 5230 — Bs. Aires

SUBSCRIPCIONES
Para la Argentina
Trimestre $ 1.20 - Año $ 4.80
Para el exterior
Año $ 6.00

Exponer de la Anarquía:

«Aquí el surco, aquí la semilla
aquí la espiga, aquí el derecho»
BOVIO

EL BURGO Y LA GLEBA

En el castillo habitaba el señor; en el burgo, el maestro artesano que pagaba tributo al castillo, que poco a poco fué comprando — y aún obteniéndolo a veces por la fuerza, — el derecho a tener su justicia, etc., a existir independiente del castillo. Así fueron creándose las ciudades libres, que dominaron el comercio y los mares en plena época feudal. El castellano era ignorante, guerrero y despreciaba al burgués que era inteligente y pacífico, que buscaba ya la aplicación de la mecánica y del pensamiento matemático, que era sórdido, avaro, egoísta, aunque celoso de su libertad; que encerraba su vida en el gremio, y la de éste en el burgo, o en una confederación, como la de los comerciantes o navegantes.

Los gremios de la edad media, eran muy diferentes de los actuales. Eran gremios de maestros artesanos, comerciantes, etc.; gremios creados para la defensa contra la expansión de los secretos profesionales, para limitar el número de aprendices, etc., si que también para entender en el orden comunal, que era regido por estos gremios, discutiéndose en sus asociaciones todo cuanto interesaba. De ellos han salido los burgueses. Burgués era el habitante del burgo, de la ciudad y había una completa diferencia con el habitante del castillo, o el dependiente de él, sometido a la gleba. El burgués representaba la libertad, otra sociedad, la verdadera sociedad que nacía; a él le corresponde el concepto de la libertad. Todo cuanto se ha progresado en este sentido, de él ha nacido, no podía nacer en la gleba, ni mucho menos en el señor del castillo, que era un audaz ladrón y un terrible exactor, violador de toda frontera y que no conocía límites en el desprecio de la persona humana.

Los oficios actuales, compuestos de trabajadores asalariados, no podían tener solos el concepto de la libertad. La concentración capitalista que ha creado la gran fábrica, los ha reducido a una simple mecánica sin responsabilidad; los empobrece, hace cada vez más su vida angustiosa y miserable; son verdaderos esclavos, como los de la gleba. ¡Marchan estos presidios, sí! Esto lo había constatado Marx y por lo tanto su paso, tal cuales, al Estado, es lo que constituye el marxismo; lo que constituía el comunismo de Lenin también — no lo constituye ya. ¡Proletarios! A estos se llamaba proletarios, y en realidad lo eran, y debían continuar siéndolo también. ¿Qué podía querer la gleba, como qué podía querer el proletario? Un pedazo de pan más solamente, en su triste vida, no teniendo el concepto de la libertad, siendo esclavos o forzados, esto era lo inmediato, y por lo que podían vender su cuerpo y su alma totalmente. ¿Pero qué otra cosa más había o existía? Ah!, sí, había el burgo, la ciudad, el concepto de la libertad! ¡Ah, sí, Marx tropieza con la federación de los relojeros del Jura, con numerosos anarquistas sueltos, que experimentaban repugnancia a los presidios de las fábricas, a la esclavitud, a la gleba moderna obrera, y al convertimiento total en muchedumbres como la de los trust; y a estos, sabiendo lo que decía, los llama "pequeños burgueses" — es decir, representantes actuales del antiguo burgo frente a la gleba —, y Lenin y todos los marxistas han pretendido correrlos como antiproletarios.

A los oficios actuales, como a la gleba, a las grandes masas de oprimidos y esclavos, a los trabajadores en fin reunidos en los grandes presidios de la concentración capitalista, y que por sí solos no hubieran pensado sino en el pan, importándoles muy poco la libertad que no han conocido ni conciben siquiera — hablamos de las grandes masas, — el concepto de la libertad es introducido por los anarquistas, muchos de los cuales son en realidad "pequeños burgueses", en el sentido histórico de los burgos que, al lado de la gleba, con sus maestros artesanos libres o que habían comprado su libertad, se preocupaban de hacer nacer o de comenzar la aplicación de una sociedad de libertad, sin el señor feudal, su intervención, sus horcas o su justicia.

Para el marxismo el trust ya está, se ha cumplido su evolución, y sólo resta substituir al trust por el Estado. Así tomaron muchos obispos las glebas como existían, en los feudos para la Iglesia, pretextando una justicia mejor. Pero, en el burgo, residía la verdadera revolución, y el verdadero progreso. Es indudable que igual cosa existe hoy en los representantes de las ideas anarquistas.

Parricidas

El animal que vive en la sociedad o es comensal del hombre, no ignora que debe su vida, no solamente a los padres animales que le dieron el ser, sino a todos los individuos de la especie humana que le dan de comer o cuidan diariamente de él. A todos los conoce, y es seguro que los envuelve con su reconocimiento. Son sus amigos, completan su familia; de declarar de quién es hijo, se vería obligado a hacer una especificación demasiado larga de cuántos le han criado, a continuación de los dos padres que le crearon, es decir le llamaron a la vida.

Criar es el gesto complementario de crear. ¿Y quien cría a las jóvenes generaciones, a los aristócratas tan orgullosos de su nacimiento? Indudablemente, no solamente los padres, aunque tengan parte, sino los trabajadores. En general, no tenemos únicamente dos padres, aquellos que conocemos; sino somos los hijos adoptivos de infinitos y desconocidos padres, a los cuales, sin embargo, despreciamos o no tenemos idea alguna de ellos...

Una clave linda, justa, exacta, acaba de sernos dada por un niño de tres años, cuyo razonamiento no ha sido corrompido todavía por los padres. Preguntado: *¿De quién eres tú, quién te ha criado?*, haciendo un esfuerzo para recordar a todos los que espera o esperan en su casa para montar la olla o el puchero, respondió:

—De papá, de mamá, del carnicero, del lechero, del panadero...

Es decir de la sociedad, de los hombres del mundo entero...

Trabajar, producir, entregar el fruto como el árbol, es el gran gesto de bondad. Y este gesto lo hacen los trabajadores, padres verdaderos de la especie humana.

Y el trabajo universal alimenta más, o da largamente con más bondad, a todos los aristócratas, privilegiados burgueses, que se distinguen sin embargo por sus ideas antiobreras, nacionalistas, etc., que practican el odio activo contra los trabajadores del propio país, y el desprecio o el orgullo militante del patriotismo agresivo...

Todos estos, comensales devoradores e insaciables del trabajo universal — Carlés, Anchorena, etc., toda la plana, — inútil es que quieran hablar de sentimientos solidarios o sociales, ni con los hermanos del propio país, ni menos aun con los del extranjero; son solamente una cosa: *¡Parricidas!*, como el hombre que mata a su propia nodriza, la víbora que hiere el seno que la abriga o el animal que devora al que le da de comer.

Y, como en nombre de los sentimientos sociales el parricidio es reprobado, todos estos otros parricidas que responden a un gesto de bondad con otro de odio, de muerte o de destrucción, serán reprobados también. Así lo han sido ya los antiguos reyes, los nobles, etc. Para completar la lista de los réprobos, faltan todavía los burgueses. Después el reconocimiento, la simpatía unirán a las jóvenes generaciones con sus padres adoptivos en totalidad; al gran gesto de bondad que es trabajar, producir, construir una casa, una tela, un aeroplano y todas las cosas para el consumo universal, se responderá con un sentimiento análogo; y entonces, sí, la humanidad será realmente conservadora, pero conservadora de los sentimientos de sociabilidad, solidaridad, fraternidad, amistad, reconocimiento, simpatía, siendo reprobado el destructor, el ingrato, el desconocedor, el que tenga odio, el detractor, el asesino o el parricida.

Los conservadores, los que queremos el respeto de los más hondos y verdaderos sentimientos sociales, somos nosotros, aunque parezca paradojal la cosa. Esos otros son los criminales, los bandidos antisociales, los discolos, dotados de sentimientos peligrosos y disolventes. Ante el ex rey Carlos de Hungría, como ante Carles, Anchorena, todos los burgueses y magistrados, pregúntese cualquiera si no son antisociales, si no se inspiran en empresas contra la humanidad; si lo que quieren no es dominio, sometimiento, explotación, desnudar o esclavizar al prójimo en provecho propio; y si contra tales actos criminales, no debe levantarse la real humanidad, no antisocial y revolucionaria, sino social y conservadora!

No podemos equivocarnos en lo que es social o no. Si demostramos que todos estos se inspiran o viven en el parricidio, en el atraco el asesinato, en los actos de desnudar o violentar al prójimo, con esto mismo demostramos que son antisociales como todos los criminales. Si se constituye una sociedad de criminales, será en ella social todo lo que no vilde el objeto de los criminales. Esto es lo social y lo conservador entre esa gente. Esto es el caso todavía de la sociedad actual.

Sacco y Vanzetti

Recordando que en un editorial del diario "La Nación", reprochando la actividad del proletariado mundial en la causa de Sacco y Vanzetti, se hablaba de la posibilidad de un error judicial, y no de una verdadera condena por sus ideas, aparte la contradicción y la falta de pruebas absoluta con que se enviaba a dos inocentes a la silla eléctrica, encontramos que el juez Thayer, en sus instrucciones al jurado, ha insistido especialmente en la condición revolucionaria de los acusados y en sus historias de oposición a la guerra.

Este juez ha pedido, en textuales palabras, *lealtad al gobierno*, vale decir, ha hecho causa política del aplastamiento de los anarquistas: Sacco y Vanzetti. Ha hablado de *conciencia de culpabilidad como asesinos o como desertores y revolucionarios*, lo que vale reforzar con la causa política la causa criminal no probada, o probar la una por la otra. Y, dirigiéndose al jurado, le ha pedido valor para sancionar una injusticia. Sus textuales palabras, son las siguientes: "Invito al jurado a buscar coraje para su deliberación, como el soldado americano la buscaba cuando combatía y daba su vida sobre los campos de batalla de Francia".

Estas son palabras de guerra, y fácilmente se comprende que la condena de Sacco y Vanzetti es una causa política, y que en todo el mundo el proletariado no se ha engañado con la causa criminal. No es, pues, un error judicial. Es el envío de dos anarquistas a la silla eléctrica; es como lo ha definido el juez Thayer, una causa de "lealtad al gobierno", como fué el asunto Dreyfus y tantos otros.

Si yo recogiese por el mundo entero todas las buenas palabras que usan los hombres, todas sus tiernas y sonoras canciones, y las lanzase al aire alegre; si yo recogiese todas las sonrisas de los niños, las risas de las mujeres no ofendidas aun por nadie, las caricias de las ancianas madres de cabellos blancos, los apretones de manos de los amigos, y con todo ello hiciese una corona inmarcesible para una hermosa cabeza; si yo recorriese todo el haz de la tierra y recogiese cuantas flores hay en los bosques, en los campos, en las praderas, en los jardines de los ricos, en las profundidades de las aguas, en el fondo azul de los mares; si yo recogiese cuantas piedras preciosas brillan en las hendeduras de los montes, en la obscuridad de las minas profundas, en las coronas de los soberanos y en las orejas de las grandes damas, y con todas hiciese una montaña fulgurante; si yo recogiese todas las llamas que arden en el universo, todas las luces, todos los rayos, todos los brillos, todas las auroras, y con todo ello hiciese rutilar los mundos en un grandioso incendio, ni aún así podría glorificar tu nombre como se merece, ¡oh, libertad!

Leonidas Andreief.

CARTELES

Carteleras — Los Monos — Soldados Desconocidos

De un tiempo ahora, los burgueses se han empeñado en hacernos una competencia que nos revienta. Mercaderes y políticos, nos invaden las paredes también. Las llenan con sus carteles.

Sin plata para costearnos grandes tiradas de diarios, todavía teníamos a ellas para meter nuestras letras. En cualquier pequeño hueco dejábamos nuestros sueños, como quien deja un puñado de clavos. Sabíamos que quien los viera una vez no se los arrancaba más, ni con tenazas, del recuerdo...

Por ejemplo: — pasaba un preso, tirado de una cadena, como un perro; pero al volver una esquina le salía al paso esta palabra nuestra: ¡Libertad! Y ya no iba sólo más, huérfano del todo hacia la cárcel.—Volvía del taller, moribundo de cansancio el esclavo del salario, pero al entrar al suburbio leía en un rinconcito: ¡Anarquía! Era un abrazo de amigo, una caricia de amada, una flor húmeda y roja caída entre sus manos secas y obscuras.—Dormía en el portal del rico, el miserable; y a la alta hora en que los "niños" tornan al lecho borrachos, se sentía despertar como por un aleteo de pájaros: eran papeles, carteles, negras letras que revoloteaban por asentarse, como sobre una bandera, en la pared que teñía la aurora: ¡Comunismo!

Así era, hasta hace poco, la cosa... Y nosotros, convencidos que teníamos un público, que, por apuro o cansancio o pereza, no podía delatarnos sino lo grande, lo primordial, lo pristino, le dábamos, de lo nuestro, lo primero y lo último; lo que es más virtual que el arte y más fuerte que la filosofía: esencias, resinas, síntesis. Sí; para ese lector anónimo que tufa mugre, resopla angustia o masca enconos, bajábamos a las napas de la vida y surgíamos luego con pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua. Nuestros carteles eran para ese solo!

Porque un cartel — saberlo, burgueses bárbaros, — no se hace ni con ingenio ni con ciencia; ni con gritos ni con músicas. No se pinta ni se escribe. Es lo vivo, lo palpitante, lo cálido. Se pare.

Debe hablar de dolor, cuando hable no con la boca, sino que con las heridas; y no ha de pedir justicia, cuando la sueñe, sino que debe salir a hacerla; a cumplirla!...

Pero, decíamos: ya no va quedando sitio para los nuestros. Todo el que hay resulta poco para los de los políticos y mercaderes. Hasta aeroplanos remontan para arrojarlos desde las nubes. ¿Qué hacer, entonces?...

—Presos: escribir con vuestras uñas en las piedras de las celdas: ¡Libertad!

—Mendigos: Grabar con mugre sobre los pulidos cedros de las puertas de los ricos: ¡Comunismo! — Obreros: acompasar las caricias de vuestras manos a la materia rebelde, como una madre al hijo que duerme, con este canto: ¡Anarquía!

Y, finalmente, camaradas carteleros: no es el Espacio lo que interesa, sino el Tiempo; más vale lo que más dura, no lo que más abarca. Darle al pueblo pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua; ciencias, resinas, síntesis. Y reíros luego de todas las carteleras burguesas.

Los Monos

Esta es la hora del calzón quitado. Mirad adondo queráis y no veréis sino cosas al aire, cinismos al descubierto, camisas arrolladas a los riñones.—¿Qué son estos: hombres o monos?... —Monos, monos orangutanes.

—Y qué quieren?... Cuál es el fin que persiguen; por qué enseñan así todo?...

—Nada o muy poco: mando, poder, gobierno. Pero, eso sí, lo quieren por sus cabales, de prepotencia, por ese par que muestran, precisamente...

Esta es la hora del calzón quitado. Los principios de la moral política, como los privilegios de la unción divina, han sufrido un bajonazo bárbaro. Reyes, burgueses o frailes, no le fían a nada de eso ya sus destinos. Arman ejércitos, producen golpes de estado, organizan para la guerra de conquista a sus rebaños. Dios y la legalidad son unas simples futezas deleznables.

—Qué es esto, pues?... Se han vuelto anarquistas todos?... — Sí, sí, anarquistas; anarquistas en la acepción que le daban ellos a esta palabra cuando hacían de hombres de orden; es decir: monos, monos orangutanes.

Esto es trágico, sin duda, por las víctimas que inmola, pero también, es edificante. El móvil autoridad se nos muestra al fin desnudo. Se ve, se toca y se huele que, echada la púrpura o el manteo, el frac o la blusa al aire, lo que queda al descubierto es algo sucio, bestial y hediondo. Lo que le queda a Lenin en Rusia, al ex rey de Austria y Hungría, al fraile Sturzo de Italia; a todos, a todos: cinismo, impudor y sensualidad de mando; como quien dice: un culo y un par...

Esta es la hora del calzón quitado. Monos que zangolotean los vientres y los riñones aparecen en la tierra todos los que pujan por gobernarnos. Socialistas o conservadores, reyes o frailes: monos, monos orangutanes.

Que cada pueblo se ponga a cazar los suyos. Los embolse o los enjaule. Pero, sobre todo que los cubra, que los tape. Ya está bueno de tanto calzón quitado!...

Soldados Desconocidos

Hay en todo ser, oculta, una corriente de simpatía y de ideal. Es la que, en horas supremas, moja los ojos, o canta, como en una caracola, en el cerebro, o rompe, como en un acantilado, braveando, en el corazón. Es el río de la vida que besa, empapa, fecunda la costra humana.

De ahí que, igual que ciertas tierras, separadas por la distancia y el clima, produzcan, no obstante, idénticos frutos, haya, a través de las clases y la historia, hombres que nos den de sí los mismos gestos e ideas idénticas. Que son como los soldados de una milicia civil que pelean sin verse ni oirse, pero con la vista puesta en un común horizonte. Hermanos y compañeros desconocidos unos de otros.

El viejo río de la vida mojó sus plantas, como a una tierra maldita un manantial subterráneo. Y los tornó así fecundos, audaces, bellos, en medio a un ambiente estéril, cobarde, feo. Y son los genios, los mártires, los revolucionarios.

Será a estos a quienes honran los gobernantes de Europa ahora?... A estos soldados de una milicia insurrecta, subversiva, sin disciplina ni jefes?... ¡Ah, no, no! A estos nunca les glorificarán aquellos. No puede ser; su sementera es de ideal, de libertad, de justicia, en un mundo cultivado para el odio, la ignorancia y la violencia.

A estos se les caza, se les quema o se les bofa. Su hogar no es el palacio, sino la celda; su tumba no es el panteón, sino la zanja; su apoteosis no es de himnos, sino de escarnios. Los reniegan, los descalifican y los desconocen: aquellos a éstos!...

Y sin embargo, a través de la tierra y de la historia, oímos sus voces que vibran siempre; percibimos sus ideas como relámpagos en una selva; siguen siendo como franjas de verduras sobre comarcas estériles. Son lo único real que existe, que queda, que se perdura en los siglos: estos soldados desconocidos...

Parece ser que el domingo pasado, los italianos de aquí glorificaron también alguno. — Cuál sería éste?... Un cualquiera de los tantos que se hizo matar por la patria de los ricos, por la causa de los amos. Algún infeliz cordero